

## Ensayo sobre la felicidad humana

**William Daros**  
**Universidad Adventista del Plata**  
**Argentina**

### *Introducción: Primera circunvalación*

1.- Trataremos el tema con el recurso de girar varias veces sobre la problemática, profundizándolo en cada giro o navegación.

No resulta ser fácil tarea ponernos de acuerdo un concepto que universalmente nos interesa. No obstante, existen algunas afirmaciones que se manifiestan como presentes y sostenidas desde los orígenes de la cultura. Una de ellas se halla en la expresión: *Vita motusest, la vida es movimiento, cambio* y se requiere adaptarnos a los cambios para ser felices.

El mundo griego y, en particular, el aristotélico, veía el mundo como movimiento y lo que se debía explicar consistía en buscar las causas últimas del movimiento. Todo se movía por debajo de la Luna en este mundo corruptible y también había un movimiento supra lunar, circular y sin final o eterno, donde todo parecía tender hacia un motor inmóvil en sí mismo pero que todo lo movía como término de una aspiración.

En este contexto, había *causas próximas* o cercanas que justificaban nuestros actos internos y acciones externas; pero también había *causas últimas*, más allá de las cuales las mismas preguntas no tenían sentido.

Es posible que, desde los orígenes de la cultura, los humanos se hayan cuestionado sobre: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?, hasta ¿por qué suceden los fenómenos? Tratando de dar respuesta a estas interrogantes del hombre se originó algo llamado filosofía, es decir, aquel conjunto de saberes que busca establecer de manera racional los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad y el obrar humano. “Conocer” pasó a ser sinónimo de buscar las causas. Describir lo

que aparece y cómo aparece (fenomenología) no significaba conocer si no se llegaba a las causas: *Scire est scire per causas*. Las ciencias se han centrado en hallar las causas próximas de nuestros actos y la teología y filosofía se centraron en las últimas.

### *El ansia o deseo*

2.- En particular, como lo ha hecho Th. Hobbes, podemos estimar que la *esencia del hombre* consiste en *no poder vivir sin deseos* (sin amar y ansiar por objetos que no posee). El deseo fundamental de la humanidad se centra en el *poder*, pues las riquezas, el conocimiento y el honor son diversas clases de poder.

Sitúo en primer lugar, como inclinación general de toda la humanidad, *el deseo perpetuo e insaciable de poder tras poder*, que solo cesa con la muerte...El hombre no puede asegurarse el poder y los medios para vivir bien que actualmente tiene sin la adquisición de más. (Hobbes, 199)

Luego surgen otros deseos, tras el deseo de poder, que se proponen como fines de las acciones humanas: deseo de fama, de ocio y placer sensual, deseo de ser admirado, etc. El ansia de poder no se frena, sino que tiende a la tiranía o poder absoluto y la represión de las pasiones solamente produce más infelicidad y tiranía. Las pasiones nunca mueren y los seres humanos sólo pueden negociar con ellas: considerar a cuál darle la prioridad en determinadas ocasiones.

3.- Según esta concepción, los humanos somos pues, sujetos, personas limitadas, pero con conocimiento de nuestros límites. En particular conocemos, por lo que nos rodea, que la vida implica un nacer, perdurar por un tiempo y morir.

Nuestro ser es un ser en medio de circunstancias, como a firmaba Ortega y Gasset. Las circunstancias, lo que nos circunda, no es algo meramente accidental, sino que ellas nos constituyen en lo que somos. Nuestro yo no es sin el no-yo que nos rodea, pero que en buena parte deseamos dominar, mejorar, prolongar. El mismo deseo de felicidad de los humanos se da en un contexto de circunstancia que es muy variado; por esto, aunque todos hablemos y busquemos la felicidad, ésta parece ser múltiple.

Desde hace tiempo, los filósofos ya no pretenden que la lógica les dé la felicidad. Han abandonado totalmente, y desde hace mucho, cualquier pretensión de ser transformados por la filosofía que practican. En la evolución de la filosofía, verdad y felicidad se separaron. Los filósofos dejaron de creer que al buscar la verdad perseguían la felicidad. Dejaron de pensar que al filosofar transforman su existencia, que metamorfosean sus deseos, que cambian radicalmente su relación consigo mismos y su relación con los demás. Trabajan conceptos, elucidan nociones, elaboran demostraciones; su tarea parece ser distinguir lo verdadero de lo falso, no estabilizar su felicidad.

Ya no creemos que la felicidad sea algo relacionado con el destino, con la suerte, con las circunstancias o con la ausencia de dolor; tampoco la entendemos como la valoración general, en retrospectiva, de toda una vida, ni como un vano consuelo para los necios y pobres de espíritu. Ahora la felicidad se considera como un conjunto de estados psicológicos que pueden gestionarse mediante la voluntad; como el resultado de controlar nuestra fuerza interior y nuestro auténtico yo; como el único objetivo que hace que la vida sea digna de ser vivida; como el baremo con el que debemos medir el valor de nuestra biografía, nuestros éxitos y fracasos, la magnitud de nuestro desarrollo psíquico y emocional. Más importante aún, la felicidad ha llegado a establecerse como elemento central en la definición de lo que es y debe ser un buen ciudadano (Cabanas, 13).

Pero acerca de lo que sea el ser humano, hay distintas y diversas concepciones. En una perspectiva más *idealista* (donde las ideas son lo importante y la realidad adversa es secundaria), la felicidad parece no designar tanto un concepto abstracto, como un tipo particu-

lar e ideal de sujeto político: individualista, sincero consigo mismo, determinado, resiliente, automotivado, optimista y muy inteligente emocionalmente, el ideal de persona que merece ser feliz. En una concepción más *realista*, la felicidad, además de ser un logro personal producto de las propias ideas y del esfuerzo, implica circunstancias externas (salud, trabajo bien remunerado, estabilidad económica, reconocimiento social, etc.). La misma idea de felicidad cambia notablemente según el entorno social y los valores que éste promueve. La búsqueda de la felicidad tal y como la conciben los psicólogos de la felicidad la presentan, no representa el bien incuestionable y supremo que todos debemos perseguir, sino que simboliza el triunfo de la sociedad individualista sobre los valores colectivos. El concepto de felicidad está indudable y necesariamente envuelto también en un concepto biológico (o genético), social y político y no solamente psicológico.

*Encaminándonos hacia el concepto de felicidad: segunda circunvalación*

4.- En este contexto, nos podemos preguntar: ¿qué significamos con la palabra *felicidad*?

La etimología nos indica la causa de ese logos o palabra. Si nos atenemos, entonces, ante todo a la etimología, encontramos la familia léxica: *felicidad*, procedente del latín *felix*. Para denotar los matices del concepto "feliz" el latín tenía tres adjetivos: *fortunatus* en origen 'colmado de suerte o fortuna'; *beatus* originalmente 'colmado de bienes o riqueza' y *felix* originalmente 'beneficiado por la fecundidad', fecundo, lleno, contento. Está contento quien contiene todo lo que puede, sin poder desear más, pues está lleno. La consideración en abstracto de esta situación no da el término *felicidad*, que expresa la *plenitud* (Cabañas, 13). Se trata de una cosificación o sustantivación de una cualidad o adjetivo.

Feliz era quien, teniendo fecundidad, muchos hijos y alimentos; conllevaba el sentirse satisfecho, alegre contento, pleno. Cuando se han llenado todos los deseos, no cabe

desear más y se es feliz: la felicidad era una de las causas últimas de las acciones humanas, conjuntamente con el poder, la fama y riquezas.

Y esto debía lograrse aquí, en esta vida. En los Salmos de la cultura hebrea, se expresa el temor de no tener abundancia en esta vida para poder escapar a una pronta muerte, a las hambrunas y a la soledad por la carencia de hijos:

(Sal 6:5) Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?

(Sal 30:9) ¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad?

Pero luego los pensadores hebreos advertían que la justicia no se cumplía en este mundo ni siendo fiel a Dios, como el personaje bíblico Job. Muchas personas creyentes, generosas, buenas, tenían una muerte pronta o injusta. Las religiones pasaron a pensar en un más allá después de la muerte donde la justicia se realizaba. El mensaje religioso se hizo entonces promesa de esperanza en un futuro feliz. El Papa Benedicto XIV escribió, no hace mucho tiempo (2007), una encíclica que tituló “In spesalvi” (salvados en la esperanza). Sólo el budismo combate esta esperanza proponiendo hacer morir, ya en vida, todo deseo, apagando toda sed de posesión (nirvana).

Ante la visión pesimista del mundo, Sócrates en Grecia, cuatrocientos años antes de nuestra era, optó por la sensatez. Cuando recibió la sentencia de que había sido condenado a la muerte, serenamente sostuvo, al final de su *Apología*, dos opciones que siguen siendo las mismas que se tienen hasta hoy en día como las más sensatas:

Todavía puedo añadir nuevas razones para convencerlos de que la muerte no es una desgracia, sino una ventura. Una de dos: o bien la muerte nos deja reducidos a la nada, sin posibilidad de ningún tipo de sensación, o bien, de acuerdo con lo que algunos dicen, simplemente se trata de un cambio o mudanza del alma de este lugar hacia otro (Platón. *Apología*, 16).

5.- Solemos tomar como sinónimo de felicidad el estar contento, el estar contenido, lleno, sin temores infundados. Si, con esfuerzo, se tuviese todo lo deseable, no habría posibilidad de desear algo más, estaríamos necesariamente felices, porque estaríamos contentos, plenos. Numerosas personas desean la satisfacción de la plenitud, pero sin el esfuerzo que implica el lograrla: terminan siendo entonces personas frustradas.

Lo opuesto a la felicidad se halla, pues, en el sentimiento de *in-satis-facción: non satis factum*, el sentimiento de estar no plenamente realizado o hecho. Como se advierte, la felicidad tiene varios aspectos o circunstancias: a) la carencia, b) el deseo de poseer lo que se carece, c) la posibilidad próxima o remota de llegar a poseer aquello de lo que se carece.

La felicidad está, entonces, fuertemente ligada a la esperanza, pues ésta se halla en la espera de poder alcanzar lo que se desea. Quien poco desea, sabe contentarse con lo poco que tiene: este ha sido el mensaje de la sabiduría tanto de Buda, como de los estoicos.

La felicidad, desde la antigüedad, en la mayoría de las tradiciones culturales, es propia del sabio: del que ha logrado el equilibrio, la estabilidad y la serenidad, y de forma irreversible. Sin duda no es “feliz” en el sentido de la exuberancia, de alegría ruidosa, de dicha exhibicionista, ostensible y ostentosa. Pero sí encarna, sin duda mejor que nadie, la felicidad de haber abandonado -¡de una vez por todas y al final de un arduo viaje!- la inquietud, la angustia, las preocupaciones inútiles, las ambiciones vanas, etcétera.

#### *Algunos requisitos para ser feliz*

6.- La figura del sabio se concretó en ese momento singular de la historia, unos cinco siglos antes de nuestra era. Su rasgo principal no fue entonces el acceso a la felicidad sino a ella mediando al saber vivido, a la liberación por el saber, a un conocimiento que cambia radicalmente la existencia.

Ese saber-sabiduría ha transformado su espíritu, su deseo, su voluntad, su relación con los demás, su relación consigo mismo, de una forma tan profunda y radical que ha escapado definitivamente a la desdicha de existir. Pero esa «sapiencia» que le hace a uno sabio no es un saber teórico, una serie de ideas, de análisis, de conceptos. Es un elemento transformador. Lo que el sabio sabe lo ha transformado en otro. (Droit, 80)

No es común ni frecuente el sentimiento de felicidad en los seres humanos. Ella incluye un constante esfuerzo. Incluso en los momentos de felicidad se teme perderla y se percibe su precariedad, mas muchas personas que son desdichadas podrían llegar a ser felices si hacen un esfuerzo inteligente, adecuado, bien dirigido y afortunado (porque un poco de suerte o imponderables se requiere también).

La vida feliz humana era, por tanto, ya según Séneca (*Epístolas morales a Lucilo*, I, 3), y los estoicos, la que está conforme con su cambiante naturaleza humana, lo cual no puede suceder más que si, primero, el alma está sana y en constante posesión de su salud; en segundo lugar, si es enérgica y ardiente, magnánima y paciente, adaptable a las circunstancias, cuidadosa sin angustia de su cuerpo y de lo que le pertenece, atenta a las demás cosas que sirven para la vida, sin admirarse de ninguna; si usa de los dones de la fortuna, sin ser esclava de ellos. Se comprende que de ello nace una constante tranquilidad y libertad, una vez alejadas las cosas que nos irritan o nos aterran; pues en lugar de los placeres y de esos goces mezquinos y frágiles, dañosos aún en el mismo desorden, nos viene una gran alegría inquebrantable y constante, y al mismo tiempo la paz y la armonía del alma, y la magnanimidad con la dulzura, pues toda ferocidad procede de debilidad.

Para lograr tener el sentimiento de plenitud se requiere, entonces, tanto sabiduría y prudencia, como voluntad firme para lograrla y mantenerla, teniendo dominio de sí mismo y sabiendo negociar el posponer algunos placeres y evitar el dolor para lograr luego lo

deseado. Por ello cabe pensar que hay *fines próximos* y *fines últimos* de nuestras acciones humanas.

7.- Aristóteles afirmaba: “La felicidad es el único fin que perseguimos siempre por sí mismo y jamás para otro objetivo” (*Ética a Nicómaco*, I, 5). Queremos tener dinero, amor, gloria, salud, etcétera, para ser felices, pero no queremos la felicidad para otra cosa más que para ser felices. La felicidad no es medio de nada, es el fin de todo.

Los filósofos estoicos insistieron también en este punto.

Todos los hombres quieren vivir felices, pero al ir a descubrir lo que hace feliz la vida, van a tientas, y no es fácil conseguir la felicidad en la vida, ya que se aleja uno tanto más de ella cuanto más afanosamente se la busque, si ha errado el camino, si éste lleva en sentido contrario, la misma velocidad aumenta la distancia.

Hay que determinar, pues, primero lo que apetecemos; luego se ha de considerar por dónde podemos avanzar hacia ello más rápidamente, y veremos por el camino, siempre que sea el bueno, cuánto se adelanta cada día y cuánto nos acercamos a aquello que nos impulsa un deseo natural. Mientras erremos de acá para allá sin seguir a otro guía que los rumores y los clamores discordantes que nos llaman hacia distintos lugares, se consumirá entre errores nuestra corta vida, aunque trabajemos día y noche para mejorar nuestro espíritu (*Epístolas morales a Lucilo*, I, 1).

Existe un solo deber, que es ser feliz», afirma Diderot en sus *Elementos de fisiología*, mientras que David Hume en 1742, en su ensayo *El estoico*, sostiene por su parte que la gran finalidad de cualquier actividad laboriosa del hombre es alcanzar la felicidad. (Hume, 697)

Esos filósofos antiguos ambicionaban efectivamente una acción terapéutica, que consideraban la verdad no como puro objeto de conocimiento sino como una palanca para transformar la vida.

8.- Se siguió utilizando después la misma palabra “felicidad” (*Felicitas*), pero cambió su contenido. Primeramente, se fue abandonando la idea de sabiduría como forma de vida serena, para pasar a depositarse en el ideal de buscar la verdad, la cual daría la libertad, transformando primero al hombre de sabio en filósofo y, después, con el cristianismo, transformando al filósofo en santo. La felicidad del santo resultó prácticamente indescribible: infinita, inefable, celestial y eterna; es una felicidad imposible de imaginar y de describir. Además, es inaprensible, porque depende de la gracia de Dios más aún que de los sacrificios y las virtudes del hombre.

Bajo el dominio del dogma cristiano, la filosofía como herramienta lógica se pone al servicio única y exclusivamente de la fe. Se convierte en la «sirvienta de la teología» (*ancillattheologiae*). Lo máximo a lo que puede aspirar la filosofía es a confirmar, por su propia experiencia, lo que afirma la Revelación. Para que vuelvan plenamente el saber racional, la investigación lógica y las demostraciones críticas hay que esperar a que se debilite la tutela de la Iglesia, a que retornen los griegos, a que llegue el Renacimiento. El cuerpo, la felicidad terrenal, el placer y el deseo de saber se reafirman de mil maneras, después del fracaso de la religión para proteger de la peste.

A partir de la Edad Moderna, el filósofo ya no es sabio ni santo, sino un hombre de razón que sufre con la ignorancia y las persecuciones físicas y sociales, y se confunde la mayoría de las veces con el científico, con el consecuente riesgo de la ciencia del sabio sin conciencia de la sabiduría y el eclipse de la felicidad (Droit, 80). La felicidad dejó de ser un tema de filosofía individual.

9.- Durante el Siglo de las Luces, la felicidad se asociará con la ciencia y el *progreso*. Ya

no se trata realmente de una evolución espiritual, personal e interior. La felicidad resulta ante todo de *un proceso de emancipación colectiva*: a través de la educación, la difusión del conocimiento y la instrucción de las inteligencias, la sociedad supuestamente se transforma. Evolucionan hacia más autonomía, más comodidad y más libertad. Todos los progresos avanzan supuestamente al mismo paso: la industria y la democracia (liberación de los poderes absolutos), la instrucción (liberación de las verdades absolutas) y la moral (liberación de principios de comportamiento universales), la medicina y la educación... Las barbaries del siglo XX y sus guerras mundiales pondrán fin a esos ensueños.

Hasta iniciado el siglo XX, no era tarea de la filosofía definir la felicidad y buscarla. Conducir a la felicidad, prometerla y garantizarla es algo que no se le habría ocurrido. El proyecto de transformarse uno mismo no le interesaba. La idea misma de que la filosofía pudiese hacer vivir de un modo distinto a quienes la practican hubiera parecido rarísima.

10.- Con el inicio de la Posmodernidad, al final del siglo XX, se instauró cierta sensación de fracaso de la razón; fracaso de las ciencias, de las técnicas, de la sociedad de consumo, pero también del comunismo, de las revoluciones que querían crear un hombre nuevo: fracaso en las promesas de la Modernidad (Robles, 2018).

Se dio un agotamiento de la esperanza puesta por la Modernidad en la ciencia y en el progreso. La posmodernidad implicó entonces un retorno a las personas individuales, a lo cual ayudaron las corrientes filosóficas existencialistas, con inquietudes religiosas (Sören Kierkegaard) o críticas de lo religioso (J-P. Sartre).

Parece ahora obvio que el placer se nos presenta como un bien y el dolor como un mal, que cada individuo siente, dejando aparte el caso *-contrario sensu-* del placer masoquista. Si se acepta esto, se advierte que buscar la felicidad es buscar un bien en esta vida que parece serla única vida posible; y que la suma felicidad se halla en buscar el sumo bien de quien lo busca no en otro mundo venidero, sino en este mundo presente en forma

permanente, sin fin, desafiando los límites. Se deja entonces la idea de lo eterno (*aeternitas*, *aevum*, que es una idea cristiana y medieval) y se pasa a pensar lo eterno como lo que se prolonga y no tiene término a partir de lo que se vive. Se busca entonces prolongar la vida, una vida cada vez más saludable, con bienes económicos suficientes y sin final, salud corporal y regenerada, etc.

Desaparece la idea griega y moderna de la división de dos tipos de vida: la *mortal* (propia de los humanos que buscan la libertad) y la *inmortal* (propia de Dios o de los dioses, ya libres); idea expresada en el Himno Nacional Argentino: “Oíd mortales el grito sagrado: Libertad, libertad, libertad...”).

Si ahora aceptamos que los humanos tenemos: a) un condicionamiento físico-biológico, b) otro intelectual y c) un tercero moral en nuestras acciones, entonces advertimos que los estoicos acentuaron el aspecto c) o moral del hábito con el que logramos ser felices. Los epicúreos acentuaron principalmente el aspecto a) y b) (banquetes compartidos); los aristotélicos marcaron el aspecto b) y en parte el c) (el conocimiento y la educación) del hábito para obtener la felicidad.

#### *La búsqueda de placer como meta de la felicidad según Epicuro*

11.- La idea de felicidad aportada por Epicuro tuvo mala aceptación cuando aparece en Occidente la religión cristiana, al parecer, diametralmente opuesta.

La filosofía moral de Epicuro, sin embargo, discute temas de interés permanente como la muerte, la felicidad, la injerencia de los dioses sobre la vida humana, el fin último de la vida, la amistad, la justicia, en qué consiste una vida moralmente correcta. Todos estos temas, ya inicialmente presentes en Leucipo y Demócrito y asumidos por Epicuro, conservan una inquietante actualidad. “Los insensatos ansían lo que les falta y malgastan lo que tienen, aunque sea más provechoso que lo que han dejado escapar” (Demócrito, 316).

Epicuro se esforzó por mostrar que *las causas fundamentales de la infelicidad humana* residen en creencias erróneas sobre los dioses, sobre la muerte, sobre el falso valor que se les otorga a cosas que, en realidad, no son bienes y, en general, sobre todo aquello que, basado en creencias falsas, perturba la vida humana.

La salud del cuerpo y la imperturbabilidad [*ataraxia*] del alma son el fin de la vida dichosa. Todas nuestras acciones apuntan a estar libres de dolor y de ansiedad.

12.- No elegimos, entonces, cualquier placer sino solo aquel placer que no nos conduce a una situación de dolor mayor. Epicuro no rechaza los placeres de los disolutos porque tales placeres sean malos en sí mismos, sino porque no conducen a la ausencia de dolor en el cuerpo ni a la ausencia de perturbación en el alma. Todas nuestras acciones, en efecto, apuntan a estar libres de dolor y de ansiedad (Boeri, 38, 44). Cuando se dice que el placer es el fin no se refiere Epicuro a los placeres de los disolutos ni a los que consisten en pasarlo bien, como creen algunos que son ignorantes y no están de acuerdo con las ideas de Epicuro o lo comprenden mal, sino a la ausencia de dolor en el cuerpo y de perturbación en el alma. Por ello, consideraba que la autarquía (o dominio de sí mismo) como un gran bien, no para vivir siempre con pocas cosas sino con el fin de que, si no poseemos muchas, nos basten pocas.

El placer, según Epicuro, no podía separarse de un obrar prudente. La prudencia es la fuente natural de todas las demás virtudes y “nos enseña que no es posible vivir placenteramente sin vivir prudente, noble y justamente, ni vivir prudente, noble y justamente si no [se vive] placenteramente” (Epicuro. Carta a *Meneceo* 132).

La ejemplar frugalidad de Epicuro lo acerca mucho al pensamiento de los estoicos, muy apreciado por los cristianos. Mas la tesis epicúrea de la *destrucción del alma tras la muerte* junto con *la negación de la finalidad y la providencia en el mundo*, tomadas de Demócrito, fueron suficientes para justificar el rechazo cristiano del epicureísmo y acercarse a las ideas platónicas de felicidad (Epicuro. *Sobre el placer y la felicidad* 12). Platón, en efecto, aceptó

la dualidad del cuerpo y del alma, descargando en el cuerpo la causa de lo negativo y de nuestra infelicidad, como lo sugerían algunas religiones iránicas, que dividían el mundo entre dos fuerzas primigenias, una la del bien (el Sol) y otra la del mal (la obscuridad) (Campos Méndez, 2018, 163).

*La felicidad del hombre sabio que goza cuando conoce y razona: tercera circunvalación*

13.- Aristóteles pensaba, en efecto, que la parte más típica y calificada del hombre consistía en poder pensar y era en ese hábito intelectual (resultado de la elección y la educación) en dónde había que ubicar la sede del hábito de la felicidad. Feliz es, aristotélicamente hablando, el sabio, el que goza cuando conoce, razona, comprende, debido a una elección personal y social.

Felicidad (*eudaimonía*), feliz (*eudaimon*) tenían para los griegos, ya desde los tiempos de Sócrates, una connotación religiosa: un *daimon* (ser superior o divino) nos es favorable, o tenemos en nosotros algo "divino" que es bueno y nos favorece. En su origen primitivo, la felicidad era un don de seres superiores a los humanos e independientemente de ellos: era azar.

Los filósofos griegos apreciaron sobretodo la capacidad de pensar y razonar de los humanos y la suerte dejó de ser algo dado por los dioses para quedar en manos, principalmente, de la capacidad humana (Campos Méndez, 2018, 163). ¿Cómo aceptar que lo que nos es más querido -la felicidad- pueda aparecer y desaparecer al albur de no se sabe qué? Esa es la dificultad que tuvo que afrontar muy pronto el pensamiento griego. Y también es el obstáculo que la filosofía tuvo que superar o soslayar cuando empezó a reflexionar sobre la felicidad.

La *eudaimonía* implicaba, pues, placer o satisfacción habitual del espíritu (Ramírez Muñoz, 2002, 213), por acercarse a ese bien completo o divino, más allá de lo cual nada puede desearse.

El bien es una actividad del alma según una disposición (virtud) a actuar, y si hay varias virtudes (o hábitos, o disposiciones), según la mejor y más final o última, y además en una vida completa. (Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, I, 7, 1)

14.- El ejercicio de la virtud ética y de la prudencia consiste en tomar buenas decisiones, y condición de ello es querer el fin verdadero, el fin humano; este fin no se elige, sino que se hace presente (o aparece) y se desea o se quiere.

Esto no quiere decir que todo el que conozca cuál es el verdadero bien, más aún, que todo el que lo desee, tome buenas decisiones. Hay personas incontinentes que pueden tener una correcta percepción del bien, pero no obran en consecuencia. La virtud moral no sólo orienta al hombre hacia el verdadero bien, sino que, una vez adquirida, le facilita y le hace agradable tomar buenas decisiones. En síntesis: la virtud moral es un efecto habitual del proceder según el bien verdadero conocido y querido: sólo este bien y este hábito o virtud dan al hombre la plenitud o felicidad.

Por momentos, al leer a Aristóteles, se tiene la sensación de que no conoce al hombre común, cambiante y despreocupado. Pero hay que admitir que él reconoce, además, expresamente que hay personas que no organizan su vida hacia un fin unificado, ni hacia lo correcto, o que tienen distinta percepción, según los momentos o el estado de ánimo, sobre lo que es la felicidad (Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, I, 4,1). Desde este punto de vista, la orientación hacia un fin unificado de la vida es un resultado de la elección de cada uno, no un hecho natural.

Con realismo Aristóteles reconoce también que para ser feliz se requiere de la fortuna o buena suerte (*eutykía*), no como un constitutivo de la actividad del ser humano, sino como un complemento, que si falta nos impide ser felices, pero sin hacernos desgraciados; y se requiere también de los bienes externos, necesarios como medios. En este sentido, actualmente se suele decir que el dinero no hace la felicidad, pero le ayuda.

*La felicidad estoica*

15.- Los pensadores estoicos ubican a los seres humanos en un mundo que tiene sus propias leyes. La felicidad que los humanos podemos lograr no depende de los acontecimientos, las circunstancias, el destino, la fortuna y su condición mortal (Gil Bera, Edhasa, 2002, 97).

Según Séneca, seguidor de los estoicos, el sumo bien y la suma felicidad se halla en un alma que desprecia las cosas azarosas y se complace en la virtud (o sea, en hacer bien lo que se hace); es una fuerza de ánimo invencible, con experiencia de las cosas serenas en la acción, llena de humanidad y de solicitud por los que nos rodean. Se puede también definir diciendo que el hombre feliz es aquel para quien nada es bueno ni malo, sino un alma buena o mala, que practica el bien, que se contenta con la virtud, que no se deja ni elevar ni abatir por la fortuna, que no conoce bien mayor que el que puede darse a sí mismo, para quien el verdadero placer será el desprecio de los placeres momentáneos.

¿Qué nos impide, en efecto, decir que la felicidad de la vida consiste en un alma libre, levantada, intrépida y constante, inaccesible al miedo y a la codicia, para quien el único bien sea la virtud (el hacer bien las cosas), el único mal la vileza, y lo demás un montón de cosas sin valor, que no quitan ni añaden nada a la felicidad de la vida, ya que vienen y se van sin aumentar ni disminuir el sumo bien? (Séneca. *Epístolas morales a Lucilo*, I, IV).

16.- La felicidad no se halla en tener algo, sino que es un estado de ánimo habitual que se logra con esfuerzo y otorga una plenitud al menos parcial. La naturaleza humana no admite que el ánimo de nadie esté inmune a la tristeza, sino que la felicidad exige un sabio y prudente dominio de sí mismo de modo que la aflicción no se doblega por la aflicción, aunque le afecta.

La felicidad no consiste en sólo un acto que plenifique al ser humano, sino en un hábito, en un estado habitual. La felicidad es la consideración en abstracto de *un estado habitual de ánimo* que proporciona el placer. La verdadera felicidad procede de la virtud (del hacer bien las cosas), no de la propia virtud, del propio hacer en sí mismo.

En resumen, según los estoicos, no hemos de preocuparnos de vivir largos años, sino de vivirlos satisfactoriamente; porque vivir largo tiempo depende del destino, vivir satisfactoriamente de tu alma. La vida es larga si es plena; y se hace plena cuando el alma ha recuperado la posesión de su bien propio y ha transferido a sí el dominio de sí misma (Séneca. *Epístolas morales a Lucilo*, XV, 93).

#### *Distorsiones del concepto de felicidad*

17.- Estados Unidos es uno de los países donde más arraigada está la creencia idealista de que los triunfadores y los perdedores son los *únicos responsables* de su éxito o su fracaso - una concepción meritocrática que también ha ido cobrando fuerza en el resto de países occidentales, donde se aprecia una creciente tendencia entre los ciudadanos a pensar que cada cual tiene lo que se merece, independientemente de cualquier otra consideración social, económica o circunstancial. Pero, en realidad, esta idea es tan excepcional en Norteamérica como lo es en el resto del mundo. Se suele ignorar, quizás, que Estados Unidos es uno de los países con más desigualdad social, con una de las tasas de exclusión más elevadas, y donde el ascenso social y económico, mucho más la riqueza, son enormemente difíciles para la gran mayoría de la población.

Unas personas estiman que la vida humana, lo normal, es la carencia de felicidad, porque los humanos nunca estamos total y permanentemente llenos, ni están las condiciones sociopolíticas necesarias para serlo, donde la corrupción, la inflación, el desempleo, etc. se encargan de quitarte rápidamente lo que a duras penas logra.

Otras personas, por el contrario, estiman que el estado de felicidad lleva a una si-

tuación estática: paralizaría en la plenitud.

Si se llegase a tener todo, todo el tiempo, los humanos nos paralizaríamos en ese gozo. Incluso en la relativa felicidad, se desea que ésta perdure, se teme que esa felicidad termine y surge entonces la esperanza. Las religiones venden esperanza de felicidad y las multitudes la persiguen.

*Uno busca lleno de esperanzas  
el camino que los sueños  
prometieron a sus ansias...*  
(Tango *Uno*, de Mores y Discépolo).

La raíz de las distorsiones sobre la felicidad se halla, entonces, en la *ilusión* de que ésta sea plena y duradera en el tiempo. Como los seres humanos somos mortales, una fundamental esperanza de inmortalidad se anida en la idea de felicidad humana. Ya S. Freud sostenía que aquellas ideas que se nos presentan como dogmas y “no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar: son *ilusiones*, cumplimientos de los deseos más antiguos, intensos, más urgentes de la humanidad” (Assalone y Misseri, 2010, 62).

De este modo, la ilusión no es un error, nace de los más profundos deseos de los seres humanos, de la necesidad de protección, de darle un orden moral a la civilización en donde vive, de que en ella prevalezca siempre la justicia, etc. Por estos motivos, Freud afirmará que la religión ha sido de gran importancia para la civilización: ha ayudado a dominar los instintos sociales. Sin embargo, estará en desacuerdo con las prohibiciones establecidas por la religión, no sólo por no ser procedentes del hombre y de la ciencia, sino también por imponer mandatos represivos que no ayudarían a los hombres ni a comprender el mundo en el que viven, ni a convivir entre ellos, sino todo lo contrario, generaría ignorancia, sufrimiento, culpa violencia.

Es necesario entonces deshacerse de las ilusiones lentamente y “admitir honradamente el origen sólo humano de todas las normas y todos los preceptos de la cultura” (Freud, 1986, 41). Una vez que esto ocurra los preceptos divinos perderán su rigidez y los hombres podrán ver que ellos mismos los crearon, no en su desmedro sino a su beneficio.

18.- La idea de *felicidad* implica un estado de plenitud, pero como la vida humana necesita consumir para poder seguir viviendo, buena parte de la felicidad, sobre todo en los tiempos modernos, se halla en el consumo de muy diversas sustancias y actividades. Consumir es un placer y al mismo tiempo una decepción, como lo son las ilusiones (Rocchi, 1998, 533).

Buscándola por el mundo  
Vas consumiendo la vida;  
Sombra alcanzada o perdida,  
En donde quiera que estés  
Por todas partes la ves...  
Mas ¡ay infeliz de ti!  
Si llegas, ya no está allí;  
Si la alcanzas, ya no es. (*Felicidad*, José Selgás)

La felicidad del consumo suele implicar actualmente, por ejemplo, la música que aturde y las drogas de evasión de las aflicciones inevitables.

El aturdimiento hace que los jóvenes no den importancia sustantiva al contenido conceptual de la música. Sólo importa contornear el cuerpo, imagen que los varones leen generalmente y erróneamente como una provocación.

Cuando por fin seamos sobrios, sanos, esbeltos y serenos, también seremos felices.

¡Trabajando, comiendo, durmiendo, criando a nuestros hijos, haciendo el amor, estaremos siempre en calma, siempre felices! Por fin, todos seremos dueños de nosotros mismos... ¿o bien, finalmente, todos seremos esclavos de una misma representación de la existencia humana desengrasada, desapasionada, desfigurada?

Porque esa felicidad no es una conquista, sino un abandono. No tiene nada que ver con un horizonte incierto, que una existencia entera trata de alcanzar sin estar jamás segura de conseguirlo. Simplemente carece de contrariedades, está libre de preocupaciones, se ha desembarazado de hecho de cualquier forma de libertad, la cual supone estar mucho menos tranquilo y ser mucho más responsable. Esta falsa felicidad insípida, destañada, que se entrega ya preparada para usarse es lo contrario a la autonomía y sus riesgos. Más bien evoca una nueva esclavitud.

Podría ser, en efecto, que la filofelicidad nos empujara a desear nuestra propia servidumbre, a construir con nuestras propias manos nuestra cárcel insonorizada, higiénica, desodorizada (Rocchi, 1998, 558).

19.- El consumo responde a una necesidad biológica pero también social. La propaganda suele generar deseos antes inexistentes o no manifiestos.

Desde el descubrimiento de América se intensificó la necesidad de fumar, la que ya existía en los hombres, con anterioridad, en Europa, por la influencia árabe. Pero esta nociva costumbre se introdujo en los hábitos femeninos, en Norteamérica, gracias al periodista y publicista, sobrino de S. Freud, Edward Bernays que, movido por las tabacaleras, presentó el fumar como algo propio de mujeres liberadas, quienes reemplazaban simbólicamente el pene por el cigarrillo. A diferencia de la costumbre de fumar, la de tomar cerveza constituyó una verdadera revolución en los hábitos de consumo.

El consumo de cerveza aumentó más de ocho veces -de trece a ciento nueve millones de litros- entre 1891 y 1921. El aumento en la calidad del producto, que las grandes inversiones permitieron, llevó a que la bebida no solo se popularizara entre aquellos que consumían la de tipo "sencillo", "que, por su precio módico, presta reales

servicios a la clase obrera", sino entre los de mayor capacidad de gasto que compraban la más límpida cerveza "doble" estilo Pilsen. Al mismo tiempo, la bebida comenzó a venderse embotellada, con lo que su consumo se volvió más fluido, mientras la vieja costumbre de venderla por vaso quedaba como rémora en las fondas y bares de barrio (Rocchi, 1998, 559).

20.- El consumo, en su inicio, hace más feliz al consumidor y se fue extendiendo a todos los ámbitos. El consumo de ropa hecha experimentó cambios paralelos a la oferta de bebidas. Hasta la década de 1890, la producción local se había mantenido en muy pequeña escala. En la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX, como señalaba José Antonio Wilde (1961, 186), rarísima vez las señoras ocupaban modista; ellas mismas cortaban, armaban y cosían sus trajes pues entonces, como agregaba La Nación, eran pocas las necesidades, y porque la mayor parte de las prendas de vestir se confeccionaban en las mismas casas de familia. La introducción masiva de las máquinas de coser en la década de 1860 abrió a las costureras una oportunidad. El escenario, sin embargo, volvió a cambiar a fin de siglo cuando aparecieron las fábricas de confecciones.

El nuevo mercado mostró tendencias que lo transformaron notablemente, como la secularización y la democratización; la primera llevó a legitimar sentimientos como la envidia, los celos y la ostentación, mientras que la segunda hizo lo mismo con el arribismo, la copia y el amor por lo estandarizado. La irrupción pública de todos esos sentimientos llevó a una sociedad menos recatada, quizá más superficial, pero irremediabilmente destinada a consumir para poder sentirse feliz.

Consumir más y mejor evitaba, al parecer, el esfuerzo y generaba felicidad. Uno de los mayores desafíos que presentaba el nuevo mercado era el de atraer a la mujer, un agente económico decisivo en las compras cotidianas. Con el fin de cautivar consumidores, las firmas argentinas utilizaron la imagen de la mujer moderna que ahorrraba esfuerzos en las viejas tareas.

*El consumo considerado como ideología de la felicidad: cuarta circunvalación*

21.- Por *ideología* entiendo una forma de pensar y actuar, social, religiosa y política, en la que *se impone* algo como verdadero, ocultando el beneficio de quien lo promueve. El ideologizado obra fanatizado, justificando su posición como la mejor o la verdadera, sin necesidad de justificación alguna (Daros, 2009, 8).

El consumismo puede referirse tanto a la acumulación, compra o consumo de bienes y servicios considerados no esenciales, como al sistema político, económico y cultural que promueve la adquisición competitiva de riqueza, como signo de estatus y prestigio dentro de un grupo social, y de una nueva forma superior de vida social, propia del sueño norteamericano.

Ahora bien, el consumismo, como todo “ismo”, remite a una cierta filosofía del consumo; pero cargada de cierta valoración moral y portadora de una verdad, de un sistema de vida que históricamente se va imponiendo como el más humano, como el modo futuro de ser humano y salir de la barbarie y de la holgazanería; mas no se tienen en cuenta en serio las consecuencias de esta forma de vida a largo plazo. Por ello, por ejemplo, el consumo a gran escala en la sociedad contemporánea es acusado de comprometer seriamente los recursos naturales y el equilibrio ecológico, si no se ponen en marcha alternativas constructivas relacionadas con el desarrollo sostenible -ecologismo, decrecimiento, consumo responsable, agricultura-. El consumismo, entendido como adquisición o compra desaforada, es acusado de idealizar sus efectos y consecuencias asociando su práctica con la obtención de la satisfacción personal e incluso de la felicidad personal; pero ocultando los efectos negativos de este proceso, como lo es la generación de una esclavitud al consumo.

*Para atenuar la infelicidad*

22.- Para atenuar la infelicidad o carencia de plenitud existen en grandes líneas dos caminos: o producir lo suficiente para que todos se sientan llenos; o reducir estoicamente los deseos.

Ya he escrito en ocasiones anteriores, afirmaba B. Russel (*La conquista de la felicidad*. 2013, 14), a quien seguimos en este punto, sobre los cambios que habría que hacer en el sistema social para favorecer la felicidad. Pero no es el caso de escribir ahora sobre la abolición de la guerra, de la explotación económica o de la educación en la crueldad y el miedo. Descubrir un sistema para *evitar la guerra* es una necesidad vital para nuestra civilización; pero ningún sistema tiene posibilidades de funcionar mientras los hombres sean tan desdichados que el exterminio mutuo les parezca menos terrible que afrontar continuamente la luz del día.

Evitar *la perpetuación de la pobreza* es necesario para que los beneficios de la producción industrial favorezcan en alguna medida a los más necesitados; pero ¿de qué serviría hacer rico a todo el mundo, si los ricos también son desgraciados? La educación en la crueldad y el miedo es mala, pero los que son esclavos de estas pasiones no pueden dar otro tipo de educación. Estas consideraciones nos llevan al problema del individuo: ¿qué puede hacer un hombre o una mujer, aquí y ahora, en medio de nuestra nostálgica sociedad, para alcanzarla felicidad?

23.- Si damos por supuesto que se cuenta con *ingresos suficientes* para asegurarse alojamiento y comida, y de *salud suficiente* para hacer posibles las actividades corporales normales, si no se tiene grandes catástrofes, como la pérdida de todos los hijos o la vergüenza pública, podemos entonces sugerir una cura para *la infelicidad cotidiana normal* que padecen casi todas las personas en los países civilizados, y que resulta aún más insoportable porque, no teniendo una causa externa obvia, parece ineludible.

B. Russel estimaba que esta infelicidad se debe en muy gran medida a conceptos del mundo erróneos, a éticas erróneas, a hábitos de vida erróneos, que conducen a la destrucción de ese entusiasmo natural, ese apetito de cosas posibles del que depende toda felicidad, tanto la de las personas como la de los animales. Se trata de cuestiones que están dentro de las posibilidades del individuo, y que pueden tener ciertos cambios mediante los cuales, con un grado normal de buena suerte, se puede alcanzar esta felicidad. De hecho, en la lengua francesa, la felicidad quedó marcada como “buena suerte” (*Bon heur*). Y la suerte o fortuna era lo que una diosa (y su templo “moneta”, donde se acuñaba) otorgaba a algunos romanos.

Poco a poco se puede aprender a ser indiferente a mí mismo y a mis deficiencias; aprender a centrarla atención, cada vez más, en objetos externos: el estado del mundo, diversas ramas del conocimiento, individuos por los que sentía afecto.

Es cierto que los intereses externos acarrear siempre sus propias posibilidades de dolor, pero el interés por uno mismo no conduce a ninguna actividad de tipo progresivo. Puede impulsar a escribir un diario, a acudir a un psicoanalista, o tal vez a hacerse monje. Pero el monje no será feliz hasta que la rutina del monasterio le haga olvidar su propia alma. La felicidad que él atribuye a la religión podría haberla conseguido haciéndose barrero, siempre que se viera obligado a serlo para toda la vida. La *disciplina externa* (los castigos, las leyes punitivas, etc.) es el único camino a la felicidad para aquellos desdichados cuya absorción y concentración en sí mismos es tan profunda que no se puede curar de ningún otro modo.

24.- Hay varias clases de absorción en uno mismo, según Russel. Tres de las más comunes son la del pecador, la del narcisista y la del megalómano.

Estas personas tienen una imagen de sí mismo como ellos creen que ella debería ser, pero entra en constante conflicto con su conocimiento de cómo de hecho es. Con

eso puede bastar para quitarles el gusto a todo, aunque en el fondo, siguen acatando todas las prohibiciones que le enseñaron en la infancia.

Esta es la psicología de muchísimos réprobos aparentemente empedernidos. Lo que les hace descarriarse es su devoción aun objeto inalcanzable (la madre o un sustituto de la madre) junto con la inculcación, en los primeros años, de un código ético ridículo. Para estas víctimas de la «virtud» maternal, el primer paso hacia la felicidad consiste en liberarse de la tiranía de las creencias y amores de la infancia.

El *narcisismo* es, en cierto modo, lo contrario del sentimiento habitual de culpa; consiste en el hábito de admirarse uno mismo y desear ser admirado. El hombre primitivo podía estar orgulloso de ser un buen cazador, pero también disfrutaba con la actividad de la caza.

25.- La vanidad, cuando sobrepasa cierto punto, mata el placer que ofrece toda actividad por sí misma, y conduce inevitablemente a la indiferencia y el hastío. A menudo, la causa de la vanidad es la timidez, y la cura es el desarrollo de la propia dignidad. Pero esto solo se puede conseguir mediante una actividad llevada con éxito e inspirada por intereses objetivos.

Alejandro Magno pertenecía al mismo tipo psicológico que el lunático, pero poseía el talento necesario para hacer realidad el sueño del lunático. Sin embargo, no pudo hacer realidad su propio sueño, que se iba haciendo más grande a medida que crecían sus logros. Cuando quedó claro que era el mayor conquistador que había conocido la historia, decidió que era un dios. ¿Fue un hombre feliz? Sus borracheras, sus ataques de furia, su indiferencia hacia las mujeres y sus pretensiones de divinidad dan a entender que no lo fue.

No existe ninguna satisfacción definitiva en el cultivo de un único elemento de la naturaleza humana a expensas de todos los demás, ni en considerar el mundo entero como pura materia prima para la magnificencia del propio ego.

26.- Dado que ningún hombre puede ser omnipotente, una vida enteramente dominada por *el ansia de poder* tiene que toparse tarde o temprano con obstáculos imposibles de superar.

Está claro que las causas psicológicas de la infelicidad son muchas y variadas, pero todas tienen algo en común. La típica persona *infeliz* es aquella que, habiéndose visto privada de joven de alguna satisfacción normal, ha llegado a valorar este único tipo de satisfacción más que cualquier otro, y por tanto ha encauzado su vida en una única dirección, dando excesiva importancia a los logros y ninguna a las actividades relacionadas con ellos.

El animal humano, igual que los demás, está adaptado a cierto grado de lucha por la vida, y cuando su gran riqueza permite a un *Homo sapiens* satisfacer sin esfuerzo todos sus caprichos, la mera *ausencia de esfuerzo* le quita a su vida un ingrediente imprescindible de la felicidad. El hombre que adquiere con facilidad cosas por las que solo siente un deseo moderado llega a la conclusión de que la satisfacción de los deseos no da la felicidad. Si tiene inclinaciones filosóficas, llega a la conclusión de que la vida humana es intrínsecamente miserable, ya que el que tiene todo lo que desea y sigue siendo infeliz. Se olvida de que una parte indispensable de la felicidad es carecer de algunas de las cosas que se desean.

No pocos padres ricos e inteligentes, que hicieron sus fortunas con esfuerzos, no les dejan a sus hijos toda su fortuna, sino sólo una parte para que aprendan a esforzarse por lo que desean.

27.- La raíz del problema de la *infelicidad* está en la excesiva importancia que se da al éxito competitivo como principal fuente de felicidad. No se niega que la sensación de éxito hace más fácil disfrutar de la vida. Un pintor, pongamos por caso, que ha permanecido desconocido durante toda su juventud, seguramente será más feliz si se reconoce su talento. Tampoco se niega que el dinero, hasta cierto punto, es muy capaz de aumentar la feli-

cidad; pero más allá de ese punto, no creo que lo haga. El éxito únicamente puede ser un ingrediente de la felicidad, y saldrá muy caro si para obtenerlo se sacrifican todos los demás ingredientes.

El problema nace de la filosofía de la vida que todos han recibido, según la cual la vida es una contienda, una competición, en la que solo el vencedor merece respeto. Esta visión de la vida conduce a un cultivo exagerado de la voluntad, a expensas de los sentidos y del intelecto.

No es solo el trabajo lo que ha quedado envenenado por la filosofía de la competencia; igualmente envenenado ha quedado el ocio. El tipo de ocio tranquilo y restaurador de los nervios se considera aburrido. Tiene que haber una continua aceleración, cuyo desenlace natural serán las drogas y el colapso. El remedio consiste en reconocer la importancia del disfrute sano y tranquilo en un ideal de vida equilibrado, de lo cual los estoicos ya nos hablaron.

28.- Lo contrario del aburrimiento no es el placer, sino la excitación.

El deseo de excitación está profundamente arraigado en nuestros jóvenes. Una vida demasiado llena de excitación es una vida agotadora, en la que se necesitan continuamente estímulos cada vez más fuertes para obtener la excitación que se ha llegado a considerar como parte esencial del placer. Una persona habituada a un exceso de excitación es como una persona con una adicción morbosa a la pimienta, que acaba por encontrar insípida una cantidad de pimienta que ahogaría a cualquier otro.

Evitar el exceso de excitación siempre lleva aparejado cierto grado de aburrimiento, pero el exceso de excitación no solo perjudica la salud, sino que embota el paladar para todo tipo de placeres, sustituyendo las satisfacciones orgánicas profundas por meras titilaciones, la sabiduría por la maña y la belleza por sorpresas picantes.

No llevemos, sin embargo, al extremo las objeciones a la excitación. Cierta cantidad es sana, pero, como casi todo, se trata de una cuestión cuantitativa. Demasiado poca

puede provocar ansias morbosas y en exceso provoca agotamiento. Así pues, para llevar una vida feliz es imprescindible *cierta capacidad de aguantar las frustraciones y el aburrimiento*, y esta es una de las cosas que se deberían enseñar a los jóvenes.

29.- Lo que hacemos no es tan importante como tendemos a suponer; nuestros éxitos y fracasos, a fin de cuentas, no importan gran cosa. Se puede sobrevivir incluso a las grandes penas; las aflicciones que parecía que iban a poner fin a la felicidad para toda la vida se desvanecen con el paso del tiempo hasta que resulta casi imposible recordar lo intensas que eran. Pero por encima de estas consideraciones egocéntricas está el hecho de que el ego de una persona es una parte insignificante del mundo. Importa tener una visión amplia del mundo en que vivimos, con miles de millones de años. En este contexto, una vida humana es insignificante.

El hombre capaz de centrar sus pensamientos y esperanzas en algo que lo trascienda puede encontrar cierta paz en los problemas normales de la vida, algo que le resulta imposible al egoísta puro.

Quien desee aumentar la felicidad humana debe procurar aumentar la admiración y reducir la envidia. La capacidad de admiración es el inicio de una buena filosofía.

30.- No hay nada tan aburrido como estar encerrado en uno mismo, ni nada tan regocijante como tener la atención y la energía dirigidas hacia fuera.

El sabio no se fija en el polvo que la sirvienta no ha limpiado, en la patata que el cocinero no ha cocido, ni en el hollín que el deshollinador no ha deshollinado. No se quiere decir que no se tome medidas para remediar estas cuestiones, si se tiene tiempo para ello; lo que se debe hacer es enfrentarse a ellas sin emoción. La preocupación, la impaciencia y la irritación son emociones que no sirven para nada.

31.- Toda persona civilizada, hombre o mujer, tiene una imagen de sí misma y se molesta cuando ocurre algo que parece estropear esa imagen. El mejor remedio consiste en no tener una sola imagen, sino toda una galería, y seleccionar la más adecuada para el incidente en cuestión.

Hay ciertas cosas que son indispensables para la felicidad de la mayoría de las personas, pero se trata de cosas simples: comida y cobijo, salud, amor, un trabajo satisfactorio y el respeto de los allegados. Para algunas personas también es imprescindible tener hijos. Cuando faltan estas cosas, solo las personas excepcionales pueden alcanzar la felicidad.

32.- El miedo es la principal razón de que la gente se resista a admitir los hechos y esté tan dispuesta a envolverse en un cálido abrigo de mitos. El hombre feliz es el que vive objetivamente, el que es libre en sus afectos y tiene amplios intereses, el que se asegura la felicidad por medio de estos intereses y afectos que, a su vez, le convierten a él en objeto del interés y el afecto de otros muchos. Que otros te quieran es una causa importante de felicidad; pero el cariño no se concede a quien más lo pide.

Hablando en general, recibe cariño el que lo da. No cabe duda de que debemos desear la felicidad de aquellos a quienes amamos, pero no como alternativa a la nuestra.

*¿Filosofando para apoderarnos de la felicidad?*

33.- Nietzsche descubrió la cara oculta de la razón, sus orígenes oscuros, sus ilusiones, cuando no su ceguera, y al mismo tiempo osó proclamar que la verdad no hace feliz, que solo nuestras ilusiones nos mueven y nos conmueven. También Freud insistió, a su manera, en los límites del pensamiento lógico consciente, en su relativa impotencia y en la paranoia de los filósofos que quieren hacer entrar el mundo en su diseño.

Esquemáticamente, se dieron dos distintas posibilidades:

Podemos decidir *soportar el azar*. Y en tal caso debemos aceptar, de una forma definitiva heroica, no tener ningún dominio sobre nuestra existencia, asumir vernos zarrandeados del éxtasis al sufrimiento, de la estabilidad al caos. Debemos esperar, inexorablemente, la descarga del rayo o las balas perdidas, conscientes de que nuestras decisiones y nuestros actos no cambiarán nada. Además, debemos sentirnos bien en esa incómoda situación, debemos confiar en la suerte e incluso alegrarnos de ser arrastrados por ese gran flujo inestable.

No es extraño que esta opción sea muy minoritaria. No ha tenido muchos seguidores en la historia del pensamiento. Pero sin embargo está presente y documentada en algunos autores. Nietzsche con el *amor fati* («amor al destino») es sin duda su último representante. Supo expresar mejor que nadie la vida como azar, como espuma del caos, como resultante de la tensión entre conflictos. Insistió en la necesidad de darle a la vida un «sí» total, englobando felicidad y desdicha, gozo y sufrimiento, lealtad y traición, vicio y virtud, salud y enfermedad... Sin duda ese gran «sí» supone una forma de nobleza que la mayoría de nuestros contemporáneos ya no están dispuestos a asumir.

34.- La otra opción consiste en inventar una serie de medios para sustraerse al choque de las contingencias, para *proteger una forma de felicidad* -elaborada, humanamente construida, forjada paso a paso- de todos los embates del azar. Ya que no podemos modificar el destino ni suprimir el azar, vamos a hacer todo lo posible por desvincular la felicidad de él. Los accidentes de la vida, buenos o malos, seguirán existiendo. Los acontecimientos de la historia, beneficiosos o destructivos, podrán continuar sucediéndose.

Ya nada hará mella en nuestro humor, en nuestro modo de vida, en nuestro equilibrio, porque habrán sido especialmente contruidos para resistir esos avatares, para no verse dañados ni afectados. En la construcción filosófica de esa felicidad «antisísmica», por llamarla de algún modo, han trabajado todas las escuelas de sabiduría de la Antigüedad. Y justamente en la edificación de esa nueva felicidad, donde ya nada sea vulnerable a

los percances de la existencia, trabajan, cada uno a su manera, epicúreos, estoicos, cínicos y escépticos. Todas las escuelas de sabiduría de la Antigüedad, y antes que ellas Sócrates, Platón y Aristóteles, tuvieron como objetivo *separar la felicidad y el azar*.

35.- Conviene señalar además que, en las relaciones entre felicidad y azar, nuestra modernidad más reciente ha alcanzado una nueva etapa. El objetivo ya no es sustraerse al azar para construir la felicidad; *ahora se trata de eliminar el azar* para construir, por fin, un mundo que pretende ser íntegra y definitivamente feliz. El horizonte soñado es un mundo donde el azar esté controlado, dominado y, por consiguiente, pura y simplemente suprimido. Tenemos los medios para haceros felices liberándonos realmente del azar es la máxima que orienta la mayor parte de las mutaciones científicas y técnicas actuales.

Puesto que la erradicación completa del azar no solo es algo lejano sino imposible, este nuevo proyecto se conforma con *hacer como si el azar hubiese desaparecido*, negando su existencia, minimizando su impacto. La felicidad se construiría por lo tanto a través de una página web de encuentros, basada de forma supuestamente científica en un perfil psicogenético según procedimientos racionales...

No importa que nos dé risa o que nos haga temblar. Lo importante, por ahora, es haber visto claramente lo siguiente: antiguamente la felicidad solo era azar, actualmente la felicidad solo existiría si lo elimináramos.

36.- Puesto que todo ser humano desea más que nada ser feliz, y la filosofía, como por arte de magia, está en disposición de colmar ese deseo esencial, vital, primordial, es ineluctable concluir que todo ser humano debe filosofar, para así obtener, con total seguridad, lo que más desea. Todo ser hablante y pensante, ya nacido o por nacer, no tiene más que pasar por caja y adquirir la recopilación indispensable de los consejos filosóficos que lo harán feliz. A menos que prefiera la misma poción mágica en forma de DVD, de semina-

rios, conferencias, programas de radio o páginas web; o incluso, de entrevista exclusiva con el maestro, según agenda, ganas y, por descontado, presupuesto.

A pesar de todo, los nuevos sacerdotes se cuidan mucho de puntualizar que no se trata nunca de una cuestión de dinero... La felicidad y el dinero, como todo el mundo sabe, no tienen nada que ver. Ser feliz está al alcance de cualquiera, tenga dinero o no. La provisión de fondos inicial no es proporcional a la ganancia que se espera. Ambas pertenecen a registros distintos.

Mas lo que se vende no es la felicidad, ni siquiera su garantía. Solamente un método, un camino, una orientación inicial. Eres tú, tú solo, el que tendrá que avanzar, con tus propios medios. A ti y nada más que a ti te corresponde trazar el camino y el itinerario del viaje. La empresa declina toda responsabilidad. No es en ningún caso responsable de tu futuro. Será radiante, de eso no cabe la menor duda. Pero el mérito será solo tuyo.

#### *Falsas conclusiones a partir de falsas premisas*

37.- No es ni evidente ni cierto que todos los humanos deseen la felicidad.

No es ni evidente ni cierto que la filosofía permita alcanzar la felicidad.

Por lo tanto, no es evidente, ni en absoluto cierto, que todos los humanos, para ser felices, deban ejercitarse en la filosofía.

Mas el mismo término “felicidad”, como vimos, no necesariamente designa la misma idea. Generalmente, la gente habla de la felicidad como si todas las épocas, todos los autores, todas las sociedades la entendieran igual simplemente porque usan la misma palabra.

Un utopista del siglo XIX propugna una felicidad que no tiene mucho que ver con la de un marxista, un freudiano, un nietzscheano; cada uno tiene en mente una idea distinta de felicidad... Todos usan la misma palabra, pero ésta remite a conceptos o a realidades dispares. La felicidad es, en el mejor de los casos, una palabra con *un significado análogo*: en

parte designa una cierta plenitud; pero en parte ésta es diversa en cada ser humano, diversa en tiempos y lugares distintos.

38.- Los estudiosos de las interrelaciones sociales han elaborado, en consecuencia, indicadores sociales empíricos.

El *índice global de felicidad* es una publicación anual de las Naciones Unidas que mide la felicidad en 157 países, basándose en diversos factores, como el PIB per cápita. De acuerdo con el índice de 2018, Finlandia ha sido, por ejemplo, el país más feliz del mundo, si se tiene en cuenta el PBI per cápita, apoyo social, esperanza de vida saludable, libertad para tomar decisiones vitales, generosidad, percepción de la corrupción. Argentina se hallaba en el puesto n° 29, en 2018 y pasó al puesto n° 41 en el año 2019 (Astor, Maggie, 2018).

Los países con la mayor incidencia de adultos que se consideran *muy felices* son Canadá (29%), Australia, Arabia Saudita e India (28% cada uno), seguidos de Gran Bretaña y Estados Unidos (27% cada uno). Los que tienen la mayor proporción de adultos que dicen que *no están contentos* son Argentina (19%), Turquía (14%) y Japón (11%).

Mas, no obstante, la notable relatividad que parece impregnar el concepto de felicidad, cabe mencionar también que se da un sostenido intento por generar una ciencia de la felicidad, tratando de medirla.

Parece ser que el sistema del Big Data podría descubrir el grado de felicidad, sino además puede influir sobre el modo en que tenemos de entender la felicidad y sin que nosotros seamos conscientes de ello. Registrando lo que hacemos y lo que nos gusta, cuándo lo hacemos, con qué frecuencia y al hilo de qué secuencia de acontecimientos, los analistas, las instituciones y las grandes empresas coleccionadoras de datos obtienen una información inestimable que les permite influir no solo en los aspectos más corrientes de nuestro día a día -dirigiéndonos hacia las informaciones que debemos leer, diciéndonos qué anuncios debemos mirar, qué música debemos escuchar según el humor del momento,

qué consejos de salud y estilo de vida debemos tener en cuenta, etc.-, sino también en qué debemos entender como importante o no para nuestro bienestar (Cabanas, 2019, 50).

La cuestión de la medición o la cuantificación de los fenómenos sociales (lo que los sociólogos Wendy Espeland y Mitchell Stevens llaman «conmensuración», 2008, 401-436) es fundamental para entender cómo la felicidad ha llegado a ocupar un espacio tan destacado hoy en día. Medir la felicidad permite utilizar el concepto de muy diversas maneras, tanto científica como política y económicamente.

En primer lugar, permite convertir la felicidad en una variable numérica para evaluar y comparar en qué medida aspectos tan dispares y a menudo inconmensurables - biológicos, emocionales, comportamentales, cognitivos, sociales, etc., tales como dormir bien, comprar un coche nuevo, saborear un helado, pasar tiempo con la familia, cambiar de trabajo, ir a Disneylandia, meditar cuatro veces por semana o escribir cartas de agradecimiento- contribuyen a ella, tenga más o menos sentido teórico. En segundo lugar, permite establecer relaciones de causalidad entre la felicidad y otras variables, siempre partiendo del supuesto de que la cuantificación no altera en modo alguno la naturaleza del concepto. En tercer lugar, permite “venderla” en el mercado como concepto objetivo y con garantías de valor y legitimidad.

Mas esta metodología no ha estado libre de críticas (Erik Angner, 2013, 221-240). Desde la perspectiva de los países del primer mundo, tiene gran impacto social ayudar a disminuir las diferencias sociales de las diversas clases sociales; pero desde la perspectiva de los países del tercer mundo lo que las personas desean es capitalizar y pasar a ser de una clase diferente. El proceso de capitalización de la Modernidad, llevó en su inicio la tríada de la libertad, igualdad y fraternidad, lema de la Revolución Francesa; pero en la medida en que se lograba la libertad e igualdad de oportunidades para comprar y vender en lo económico, crecía la desigualdad social. Hoy, en la Posmodernidad en una segunda revolución individualista (Lipovetsky, 2006), se desea igualdad de trato ante la ley, pero

también la libertad en las formas de vida que nos hace dichosa y económicamente desiguales.

Los psicólogos positivos han jugado en esto un papel decisivo, siendo la disciplina que más estrechamente ha ligado la felicidad al individualismo, mostrando estas dos nociones como totalmente interdependientes, cuando no intercambiables.

Seligman (2011).propuso por primera vez su «fórmula de la felicidad», la que él expresaba de la siguiente manera:  $F$  (felicidad) =  $R$  (rango fijo) +  $V$  (voluntad) +  $C$  (circunstancias). Dicha fórmula condensaba, en palabras del propio M. Seligman, los descubrimientos más importantes de la disciplina sobre la naturaleza de la felicidad humana, a saber, que:

- 1.- La predisposición genética ( $R$ ) daría cuenta del 50% del total de la felicidad de cada persona y son inmodificables;
- 2.- los factores volitivos, cognitivos y emocionales ( $V$ ) explicarían el 40% y están en las manos de cada uno y las personas le otorgan un 90% del logro de la felicidad, pues los otros dos factores pueden ser fuertemente psicologizados;
- 3.- y las circunstancias personales y otros factores (nivel de ingresos, educación, estatus social) ( $C$ ), el 10% restante.

Seligman insiste en que no es el dinero en sí lo que importa, sino la importancia que uno le dé al dinero. El desarrollo económico aumenta la felicidad de los ciudadanos no porque venga acompañado de una mejora en las condiciones de vida y del poder adquisitivo de la gente, sino porque favorece la libertad de los valores individualistas que les convence de la importancia de perseguir sus propios intereses.

### *Conclusión*

39.- Si la felicidad ha llegado a tener el protagonismo que hoy tiene es porque se ha mostrado especialmente útil para reavivar, legitimar y reinstitucionalizar el individualismo

en términos aparentemente no ideológicos gracias a su discurso científico psicologizado, mediante la psicología positiva de la felicidad.

Conviene señalar que, en las relaciones entre felicidad y azar, nuestra modernidad más reciente ha alcanzado una nueva etapa. El objetivo ya no es sustraerse al azar para construir la felicidad; ahora se trata de eliminar el azar para construir, por fin, un mundo que pretende ser íntegra y definitivamente feliz. El horizonte soñado es un mundo donde el azar esté controlado, dominado y, por consiguiente, pura y simplemente suprimido, gracias al esfuerzo y goce individual.

Este fantasma de la supresión por fin de cualquier forma de azar actúa bajo cuerda en gran parte de las tecnologías actuales, desde la genética y la secuenciación del ADN hasta la utilización de los *big data* en el universo digital. “Tenemos los medios para haceros felices liberándoos realmente del azar”: esta es la máxima que orienta la mayor parte de las mutaciones científicas y técnicas actuales.

Puesto que la erradicación completa del azar no solo es algo lejano sino afortunadamente imposible, un nuevo proyecto se conforma con hacer como si el azar hubiese desaparecido, negando su existencia, minimizando su impacto (Droit, 2016, 31).

40.- No es ni evidente ni cierto que todos los humanos deseen la misma felicidad. No es ni evidente ni cierto que la filosofía permita alcanzar la felicidad a todos. Por lo tanto, no es evidente, ni en absoluto cierto, que todos los humanos, para ser felices, deban ejercitarse en la filosofía.

Uno de los inventos más importantes de la Antigüedad griega consistió en que transformó al sabio iluminado, poseído, habitado por éxtasis y palabras que no controla, en ese hombre ideal que vive gobernado por la razón, doblega su existencia a la verdad y conoce la felicidad por la medida. Pero si la felicidad es la búsqueda de lograr el deseo de lo que se carece, no se conoce entonces positivamente lo que es la felicidad plena, sino solo en relación a algunos aspectos parciales de la vida individual.

No obstante, hay muchos modos de ensayar una explicación. Por ejemplo, el modo teológico («los hombres desean la felicidad porque tienen hambre de Dios»). O bien, el modo psicológico («los hombres desean la felicidad, aunque no sepan definirla o conozcan las dificultades de alcanzarla, porque están movidos por la esperanza en algo mejor»). Otra explicación de la amplia aceptación del Principio de felicidad apela a otros motivos psicológicos: el amor propio de los sujetos (o de su voluntad de ocultar ante los demás su conciencia de fracaso) les lleva a veces a aceptar su situación infeliz, y a no reconocerse infelices, si este reconocimiento amenaza a su amor propio, y les ofrece como alternativa ventajosa el presentarse ante los demás como felices (Bueno Gustavo. 2005, 357).

La felicidad resulta ser un concepto abstracto, una guía con capacidad de especificarse de distintas formas, como puedan serlo los planes de elevación de la calidad de vida, que lleve a los ciudadanos a la situación de *consumidores satisfechos* (llenados, contentos).

41.- Nietzsche, en *Así hablaba Zaratustra*, vio perfectamente la situación, hace ya mucho tiempo, en el capítulo dedicado al «último hombre». La felicidad del último hombre carece de ideales, de esfuerzo, de sufrimientos, de horizonte. Es una felicidad plana, alejada de cualquier exigencia, que simplemente quiere estar tranquila. Una felicidad pánfila, una existencia que se desarrolla sin brillantez, sin proyectos, sin esfuerzos. Almorzar en paz, de nuevo y siempre, y nada más. El mundo posmoderno y su felicidad se ha definido como *light* (G. Vattimo), líquido (Z. Bauman), sin exigencias, sin deber, pero con todos los derechos; con un mínimo de memoria, con un porvenir que se achica, donde cuenta sólo el presente, el instante sin horizontes ni puntos cardinales, el hoy en el que definitivamente es necesario anclarse, aferrarse a una felicidad pequeña, pero que tiende a ser omnipresente.

Uno de los subterfugios manipuladores del discurso actual sobre la felicidad consiste en meterla por todas partes, confundir la existencia con el trabajo, hacernos creer que en la vida profesional es donde uno tiene que realizarse en primer lugar.

De ahí *el totalitarismo psicológico de la felicidad*: ya nada queda fuera, no hay ningún espacio libre, ninguna exterioridad. En todas partes, a todas horas, todo el mundo está atendido, incitado a la felicidad, es decir a la salud, a estar «en forma», al bienestar, a comer y a moverse, a las cinco frutas y verduras diarias... Feliz en el ocio y en el trabajo, en los transportes y en el domicilio, en las pantallas y en el sueño.

Se ha absolutizado la necesidad de la felicidad; es a causa última de todas las demás causas. Si ella lo engloba todo, ¿cómo pensar en criticarla? ¿Hay acaso algo más de la felicidad? Quien la alcanza lo tiene todo; pero no se advierte que ella es como un barril sin fondo y que nos esclaviza con su exigencia de renovados deseos.

La felicidad remite más que a un concepto o idea a un sentimiento: *sentimiento* de satisfacción, contento, agrado, alegría, relajación, tranquilidad o goce que parece habrá de acompañar en cualquier caso a todo objetivo o valor concreto en el que se determina la felicidad buscada, por un llenamiento incluso relativo.

Los bienes relativos son parciales: satisfacen sólo en parte. Incluso un bien parcial, subjetivo (como comer en exceso) puede ser un mal o un dolor (considerado en su totalidad). Un bien subjetivo o parcial es buscado o sufrido lógicamente en vista a un bien o placer total posterior. Como todo lo que se busca o desea se presenta como un bien que llena, la felicidad plena aparece como el bien total, como la causa última de las acciones humanas.

42.- La interpretación psicologicista de la felicidad (felicidad es lograr lo que me da placer) es, según esto, mucho menos que una teoría: puede ser simplemente un síntoma de pereza o de penuria intelectual. Es un abuso la generalización de que todos los hombres están destinados a ser felices. La plenitud que se puede desear está condicionada por diversos factores, principalmente por el físico-biológico, por el social y por el individual.

Habría que concluir, pues, que el principio de felicidad no es empírico: tiene un alcance normativo. En lugar del principio “todos los hombres quieren ser felices”, habría

que admitir que se trata de un deseo generalizable y que se pretende establecer optimista-mente como norma, aunque tenga un contenido inestable, circunstancial, según diversos tiempos, lugares y culturas.

Una vez establecidas las connotaciones conceptuales dentro de las cuales se establece la idea de felicidad (como hemos tratado de delimitar aquí), se pueden establecer luego algunos criterios sondeables empíricamente, para sostener en qué porcentaje una población se considera feliz (grado de educación, salario, vivienda, convivencia, grado de satisfacción vital, etc.). Se trataría entonces de formular una hipótesis que, por su escala, fuera susceptible de tratamiento positivo, y también empírico, y no meramente mitológico, metafísico o desiderativo.

43.- En *Edipo en Colono*, Sófocles le hace decir al coro: «No haber nacido es lo mejor de todo. O, cuando llegue el día, volver de donde se ha venido, lo más deprisa posible, es la suerte inmediatamente preferible después». Estas palabras son un eco de las de Sileno, el sabio mítico de la Grecia arcaica, preceptor de Dionisio, que al parecer le respondió a Mí- das: «El bien supremo te es totalmente inaccesible: es no haber nacido, no ser, no ser na- da».

En el siglo XX, Cioran (Daros, 1/03/18), en *Del inconveniente de haber nacido*, dio un nuevo impulso a esta tradición perfectamente documentada: «No nacer es incontestable-mente la mejor fórmula posible. Desgraciadamente no está al alcance de nadie». El deseo de una vida feliz y la creencia de que es posible no son, por lo tanto, universales. Otras fi- guras de la filosofía así lo atestiguan. Por ejemplo, Pirrón, fundador del escepticismo grie- go, no desea realmente ser feliz. No cesa de propugnar la suspensión del juicio y la indife- rencia: ni la dicha ni la desdicha deben dominar nuestras inclinaciones: nuestros juicios deben permanecer en suspenso (Droit, 2016, 58, 95-96).

44.-No importa que el entorno en el que se quiere aclimatar a unos sabios a la antigua usanza para servir de *coaches* (o entrenadoras) de la felicidad sea infinitamente diferente del que fue su ecosistema histórico. No importa que las preocupaciones que nos atormentan - cambio climático, clonación humana, máquinas pensantes, superpoblación mundial, etcétera- sean temas que los pensadores antiguos no podían ni siquiera empezar a intuir.

Lo único que está a la orden del día, cuando se piensa en la felicidad, es cómo pasarlo lo mejor posible sin sufrir demasiado. Cómo eliminar por arte de magia los esfuerzos, lo negativo y la desdicha. Cómo flotar por fin en un presente eterno, donde no subsista ninguna verdadera dificultad para nuestra existencia. Nuestra época se limita a consumir sabiduría bajo una forma liofilizada, directamente asimilable, accesible, preferentemente barata o gratuita. Esa sabiduría con su nuevo envase pretende proporcionar los medios para conquistar la felicidad sin esfuerzo, conservarla sin dificultad y descubrir la manera de aumentarla aún más.

Nos vamos haciendo a la idea de felicidad, como si nada exigiese contrapartida, como si todo fuera fácil, rápido y estuviera garantizado con solo elegir la formación personalizada que a cada uno le convenga... Poco a poco, la felicidad habita en la vida privada, -de hecho, les agrada o no a los otros- y se ha impuesto a la vida pública, el ser personalizado ha sustituido al hacer social, *el bien-estar es estar bien* y más importante que el bien social en sí mismo.

45.- La ilusión antigua, pero también clásica, de la filosofía fue creer que la razón -por sí sola, por su propio poder- era capaz de modificar nuestros afectos, reducir nuestras pasiones, disolver o rectificar profundamente nuestros deseos. Ese fantasma fue compartido por los más grandes, antes de que los modernos lo hicieran desaparecer.

Esa gran ilusión sostenía que la razón podía gobernar las pasiones, tanto para acallarlas, encauzarlas, canalizarlas, disciplinarlas, como para sencillamente disolverlas. Epicuro creía realmente que la filosofía podía «calmar la tempestad del alma». Esa creencia con-

tinuó hasta Descartes y Spinoza. Esa bella y vieja idea de un gobierno racional de la existencia -no solo individual sino también colectiva, el gobierno de uno mismo y el gobierno político- se volvió casi imposible de sostener desde el siglo XIX.

46.- La idea narcisista del dominio racional de la existencia y del ser uno mismo quien se gobierna fue atacada, en particular, por tres autores: hay tres grandes heridas narcisistas en la cultura occidental: la herida causada por Copérnico; la que provocó Darwin en el siglo XIX cuando descubrió que los humanos tenemos elementos comunes con otros homínidos; y la herida hecha por Freud cuando descubrió que la conciencia reposaba sobre la inconsciencia. Michel Foucault psicólogo, historiador, filósofo y escritor (Poitiers, 1926 - París, 1984) dio también un matiz especial a la temática de la felicidad impoluta y soberana de los seres humanos. Dentro de su fluctuante preocupación por las raíces de las conductas humanas, subrayó la importancia extrema del poder. Intentó dinamitar espejismos para posibilitar insumisiones y escapar del dominio de la verdad o aquello que se ha establecido como verdadero. Él ha marcado un notable esfuerzo por reconstruir las apariencias para saber cómo fueron construidas; convertir aquello que damos por evidente en problemático para repensarlo, interrogarlo y descubrir por qué ha adquirido el estatus de obvio y evidente; y revisar la relación entre las verdades heredadas y sus efectos. Por ello, era también importante cuestionar nuestras ideas de felicidad. En nuestro tiempo se ha impuesto la idea de que nuestras vidas se fabrican tras el modelo de empresa: somos eficientes empresarios de nosotros mismos. La felicidad se construye como cualquier otra empresa, pero los gobiernos tratan de dominarla. La vida humana y la veleidad de felicidad se han vuelto el objeto de los gobiernos. Los humanos estamos siendo dominados mediante la idea de felicidad que los gobiernos proponen a sus gobernados. El Estado ya no se preocupa de que la gente tenga casa o trabajo. Se preocupa de su felicidad, y para ello utiliza la biopolítica. El Estado ya no se preocupa por la sexualidad correcta de la gente, por vigilar y castigar, sino por dominar haciendo que los humanos persigan la felicidad

posmoderna, con calma, sin dramas ni temores. Actualmente la felicidad de vuelve un problema que debe ser dominada por el poder o administración de las formas de vidas, como en otros tiempos se utilizó la cárcel, la escuela, el vigilar y castigar, el dinero, etc. El poder es ubicuo, lábil y está presente en cada intersticio del entramado social. El Estado y los grupos más poderosos lo detentan, evidentemente, pero también se ejerce, de manera capilar, en instituciones, espacios productivos, organizaciones políticas, vínculos familiares, lazos íntimos, hasta el punto que Foucault no pudo ser al mismo tiempo homosexual y marxista manifiesto.

47.- Concluyendo y retomando el inicio de esta exposición, dado que la felicidad implica la plenitud y que esta es relativa a cada persona individual, no se puede esperar de la filosofía una definición universal de aquello en lo que ella consiste. Sólo se puede lograr que la filosofía nos indique en sentido universal del concepto de felicidad: es búsqueda de la plenitud; pero para cada uno esa plenitud puede significar e implicar una tarea diversa.

La felicidad es entonces un ideal, no de la razón sino de la imaginación, como ya lo señaló Emanuel Kant. Todos los hombres parecen desear ser felices, pero como un horizonte, un ideal lejano, indefinido e indefinible. Aquí lo que impera es la imaginación con su vaguedad y sus incertidumbres, no la razón con su precisión, sus ideas claras y distintas. No existe verdad cierta de lo que pueda ser la felicidad, y por lo tanto no puede existir ningún saber de la felicidad. De ahí que la filosofía, como saber racional, no le pueda decir a nadie la manera de alcanzar la felicidad, sino solamente dar algunos consejos, indicando que, si nuestros deseos de felicidad implican, para lograrlos, grandísimos esfuerzos, lo que podemos hacer es desear menos. Se atribuye a Sócrates la expresión según la cual ser rico es ser pobre en deseos. Que luego retomaron tanto Epicuro como los estoicos y las iglesias con el ideal de la pobreza explícitamente practicada, con las ideas posmodernas de abandonar la idea de la creación de un hombre nuevo y contentarse con la de lograr un hombre individual y relativamente pleno, pero crítico. Lacan propone una

ética psicoanalítica que se orienta a un fin del análisis en la que el sujeto pueda emanciparse de la alienación a la cultura, levantar sus síntomas, atravesar el fantasma que lo encarcela a un goce que no es el suyo sino el del Otro o de la cultura, y alcanzar el *sinthome*, ese incurable propio y singular con el que, no pudiendo ser modificado ni suprimido, le impone encontrar cierto bienestar a partir de la responsabilidad ética respecto de su propio modo de goce (Lacan, 1960).

48.- Es crítico quien está constantemente atento a los criterios con los cuales se miden las cosas y acontecimientos. La buena filosofía se halla no tanto en dar respuestas como en ponerse preguntas que quizás no llega a responder. Como un niño preguntón puede llegar a causar fastidio, la filosofía atormenta, de manera inteligente y positiva. Complica el juego, las evidencias, el pensamiento. Complica por lo tanto la existencia, y la hace más intensa. Creer que simplifica la vida para hacerla serena es una ilusión.

La filosofía no trata de predicar la pobreza, la enfermedad y otras bienaventuranzas finalmente infames. No es ni idealista ni pesimista. Solo se trata de recordar que la filosofía, nacida del asombro, se instala en la incomodidad, tratando de conocer y esclarecer las relaciones.

© William Daros

### *Bibliografía*

- Assalone Eduardo y Misseri Lucas (Comp.) *El giro subjetivista de la Filosofía Moderna. Perspectivas históricas y debates contemporáneos*. Mar del Plata: Ediciones Cátedra de filosofía moderna, 2010.
- Bernabé, Alberto: *De Tales a Demócrito*. Madrid: Alianza, 2018.
- Boeri, M. D. *Apariencia y realidad en el pensamiento griego. Investigaciones sobre aspectos epistemológicos, éticos y de teoría de la acción de algunas teorías morales de la antigüedad*, Buenos Aires: Colihue, 2017.
- Broncano Fernando. *Russel. Conocimiento y felicidad*. España: Batiscafo, S. L, 2015.
- Bueno Gustavo. *El mito de la felicidad*. Barcelona: Ediciones B, 2005.
- Cabanas Edgar y Illouz Eva. *Cabanas. Happycracta. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Barcelona: Planeta, 2019.
- Campos Méndez, Israel. *El culto al dios Mithra en el antiguo Irán y en el imperio romano: análisis y revisión de los elementos de continuidad* (2018) en [https://www.mithraeum.eu/doc/culto\\_del\\_dios\\_mithra.pdf](https://www.mithraeum.eu/doc/culto_del_dios_mithra.pdf)
- Daros, W. R. “El consumismo en la posmodernidad según Zygmunt Bauman” en: <https://williamdaros.files.wordpress.com/2009/08/daros-w-r-el-consumismo-en-la-posmodernidad-z-bauman.pdf>
- . “El porqué de una filosofía pesimista: Emil Cioran”. *Argus-a*, Vol. VII, n° 27 (1/03/18) en <http://www.argus-a.com.ar/indice.html?pag=2>
- Droit, Roger-Pol. *La filosofía no da la felicidad*. Barcelona: Planeta, 2016.
- Epicuro. *Sobre el placer y la felicidad*. Buenos Aires: Editorial Universitaria, 1997.
- Erik Angner, «Is It Possible to Measure Happiness?», *European Journal for Philosophy of Science*, vol. 3, n.º2, 2013,
- Bueno Gustavo. *El mito de la felicidad*. Barcelona: Ediciones B, 2005.
- Hobbes, Thomas. *Leviatán*. Madrid: Nacional, 1980.

Hume, David. *Ensayos morales*. Madrid: Gredos, 2012.

Lacan, J. *La demanda de felicidad y la promesa analítica* (1960).  
<https://psicodeliaaracelibasolo.blogspot.com/2016/12/jacques-lacan-la-demanda-de-felicidad-y.html>

Ramírez Muñoz, Fabio. *Aristóteles: la felicidad (eudaimonía) como fin de fines* en *Estudios de Filosofía* No. 26, agosto 2002, pp. 213-233.

Robles, Fernando. *El desaliento inesperado de la Modernidad. molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo*. Santiago de Chile: Universidad, 2018.

Russel, B. *La conquista de la felicidad*. Barcelona: Mondadori, S. A., 2013.

Sánchez-Migallón, Sergio. “La felicidad según Max Scheler” en *Anuario filosófico*. Enero 2012, 45/1 (2012) 97-120.

Seligman, M. *La auténtica felicidad*. Barcelona: Ediciones B, 2018.

Wilde, José Antonio. *Buenos Aires desde setenta años atrás (1810-1880)*. Buenos Aires: Nabu-Press, 2013.